

UNIVERSIDAD de México

VOLUMEN VIII • NUMERO 8

MEXICO, ABRIL DE 1954

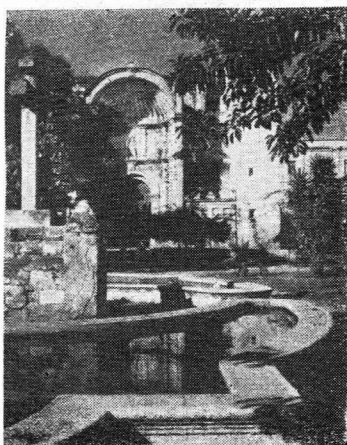
EJEMPLAR: \$1.00

ORGANO OFICIAL DE LA U. N. A. M.

MIEMBRO DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE UNIVERSIDADES

EL Judío Errante me dijo:

—Es como esa epilepsia de los niños que de cuando en cuando huyen de su casa sin objeto determinado. Sólo que este huir del espacio tiene compostura, y por eso se reduce todo a un “irás y ya volverás”. (Caso del Hijo Pródigo). Pero yo me escapé del tiempo, lo que es mucho más grave, y ahora me veo obligado a recorrerlo



tiva o impersonalmente, de lo que me ha permitido ver esta condición de longevidad peregrinante. Sí, en efecto: las ciudades se alzan y se derrumban; se abren y se cierran las calles; se yerguen y caen hechos polvo los monumentos y edificios; las charcas se convierten en parques y viceversa... Como se dice en *Las ruinas de Itálica*,

las torres, que desprecio al (aire fueron,



palmo a palmo para remendar la tela desgarrada. Parece que no podré volver nunca, es decir, que no daré nunca con la muerte, la cual es un regresar al punto de partida o un cerrar el ciclo que se abrió con el nacimiento.

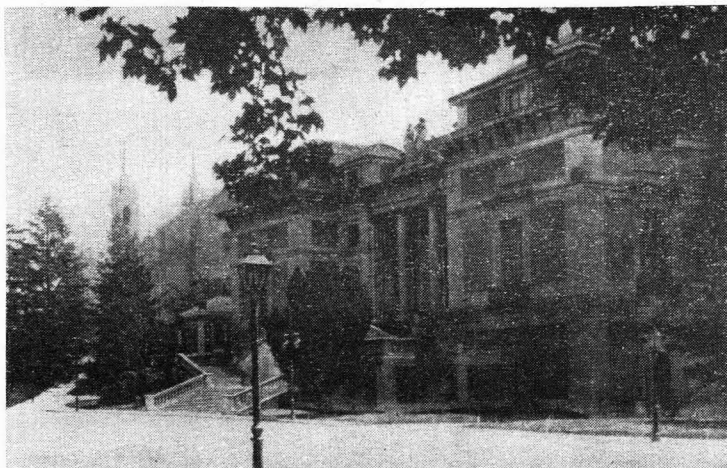
“Pero, en fin, no hablemos de mis desgracias personales, que hartó tienes tú con las tuyas y no es eso lo que me preguntabas. Hablemos, obje-

el JUDIO ERRANTE y las ciudades

Por Alfonso REYES

a su gran pesadumbre se rinden (dieron.

“Lamento no haber conocido a tiempo los progresos de la moderna cinematografía. Abreviada visualmente en unos instantes, la vida de una gran ciudad a lo largo de varios siglos, daría exactamente el espectáculo de un mar tempestuoso. Góngora tuvo una clara sensación sobre esta fluidez de las ciudades cuando exclamó:



Nilo no sufre márgenes, ni
 (muros
 Madrid, oh caminante, tú que
 (pasas,
 que a su menor inundación
 (de casas
 ni aun los campos de Lepe
 (están seguros.

“Por ejemplo un estudio comparativo de París en una y otra época, con las sucesivas transformaciones que ha sufrido (o gozado) y los traslados sucesivos de su centro de gravitación (la Cité, los Marais, Saint-Antoine, los grandes Bulevares, etc.), sería a este respecto muy expresivo. Un gran cerro de olas va caminando de una en otra región. A los “barones de Hausmann” de unas y otras generaciones, unas veces les da por amontonar construcciones y otras por abrir claros. Los urbanistas de hoy, sin citar nombres, quieren que las mareas anónimas obedezcan al mandato de una persona. Ya ves que, en México, para abrir la Avenida 20 de noviembre, doblaron la iglesia de San Bernardo. La teoría de las Grandes Vías, propagada a Madrid — que fué el primer impulso hacia la Avenida Conde de Peñalver, lentísima operación de saja— de tal modo excitó los resortes humorísticos de los madrileños, en épocas más felices y cuando la risa era más fácil, que se produjo, como por generación espontánea y respuesta a la expectación general, la vieja revista de “género chico” que todos habéis conocido; digo, que todos vuestros abuelos conocieron. Los nuevos métodos de derrumbe, que corresponden ya a la era de la “guerra relámpago”, no dieron tiempo siquiera a que pasara otro tanto en Buenos Aires, donde la Avenida Sáenz Peña se abrió en un santiamén, empu-

jando y tumbando filas de casas con los codos. Por un instante, los vecinos admiraron algunas habitaciones de un piso alto donde aún quedaban residuos de la presencia humana y que —derruida la fachada— parecían un escenario teatral a telón alzado. Los “camarógrafos” debieran haber aprovechado esta singularidad y haberse hartado de fotografías que, en el sentido vertical, hubieran correspondido al sentido horizontal de aquella ciudad sin techo, aquella ciudad “sin tapa” en la inolvidable noche del volátil Diablo Cojuelo.

“Por supuesto que la poesía de las ciudades no está sólo en esta fluidez de que vengo hablando. También tiene su poesía, y muy auténtica, la aparente fijeza de la morada humana, apariencia que está medida al tamaño de una existencia normal. En el trecho de una generación, una ciudad, un barrio, una casa, ofrecen una engañosa fijeza, una como amenaza de perpetuidad, que es también fuente de emociones. Así, en tal tragedia de Esquilo, se levanta como un torvo puño de gigante el palacio de Agamenón, preñado de siniestros destinos; así la Catedral de Notre Dame en la novela de Víctor Hugo. Y, para bajar de lo trágico a lo costumbrista y lo cotidiano ¿hay mayor poeta del “inmueble” que el novelista Dickens? Una cosa abandonada que se empeña en seguir viviendo, una zona del mercado, los alrededores de la justicia o del gobierno, la región de los anticuarios... (Esas “tenerías” de la *Celestina* que no sabemos dónde están...). No me niegues que el ver así la ciudad, en sus centros y puntos de energía o de reposo, tiene un encanto único.

Pienso en *Las potencias de París*, de Jules Romains, intento de “unanimismo” callejero.

“Volvamos a París que, si no lo recuerdo mal (con tanto andar todo se me olvida), fué ayer, el punto de arranque de nuestras conversaciones. Abundan las historias de la ciudad, que nos van contando, calle por calle, lo que ha pasado en cada sitio. Unas son amenas; las más, enojosas a la simple lectura, como lo sería la lectura de un catálogo de exposición sin tener los cuadros a la vista. Esas guías sólo cobran su pleno valor para el que se decide a recorrer la ciudad libro en mano, y entonces hay riesgo de que la confrontación del dato erudito estropee el placer de la sola contemplación estética. Mucho más se siente el alma de las calles en la libre literatura: en el *Père Goriot*, en Huysmans. Ahora recuerdo un breve ensayo de Valéry Larbaud, amable Montaigne contemporáneo, sobre *París de Francia*, en que se proponen curiosos enigmas (¿dónde queda una calle con tal nombre grotesco? ¿dónde otra en forma de circunferencia cerrada? etc.), para el candidato a Doctor en Callejeo Parisiense. El “Bibliophile Jacob” nos cuenta primores sobre calles de París allá por 1834, la fisiología del Pont-Neuf, los sitios nefandos de la Edad Media. Para una temporada en barrios humildes, yo recomendaría dos libros gemelos, contemporáneos, cuyo parentesco, realmente extraño, ha escapado hasta hoy a la crítica: *Down and out in Paris and London*, de George Orwell (el fatídico profeta de 1984) y *La última vez que vi París*, por Elliot Paul, traducción de José Carrner. ¿Y dónde dejamos a Apollinaire, con sus divertidas

Anecdotes y su Flâneur des deux rives, en que aparece aquel inolvidable “Hôtel des Haricots”, museo de lámparas callejeras e instrumentos de iluminación urbana, bosquejo metálico de inusitada fantasía? Y déjame citar los libros en desorden, porque las series cronológicas son imposibles para quien vive, como yo, en la inmensidad de los tiempos: si quieres darte un hartazgo sobre el condimentado y variadísimo sabor de París, asómate —es lo primero que se me ocurre en montón— a los *Secrets parisiens*, de Kessel; al *Fichier parisien*, de Montherlant; al *Paris sur Seine*, de Arnoux; al *Piéton de Paris* de León-Paul Fargue; a Aragon, *Le Paysan de Paris*; y a estos dos libros recientes: la novela de Georges Villa, *Infirmier Spéciale*, aspectos de la medicina policiaca; y Jean-Paul Clébert, *Paris insolite*. No quedarás defraudado, te lo prometo...

“Pero creo que ya hablé por los codos. Se me hace tarde y ya está sonando la campanita”.

—¿La campanita?

—Cuando me detengo demasiado en un sitio, oigo sonar una campanita, equivalente del Ojo de la Providencia que perseguía a Caín. La campanita me avisa que tengo que seguir de frente.

—¿Por qué no se hace usted operar del cerebro? Esos ruidos inmotivados suelen ser efecto de lesiones craneanas. Se dice de un célebre músico que oía siempre una nota fija, no sé si un la bemol o un fa sostenido...

—¡Imbécil! conmigo no cuentan esas cosas. Siento haber perdido el tiempo en tu compañía. Adios, que no volverás a encontrarme.

Y el Judío Errante emprendió el trote.

México, 28. II, 1954

